



Zapata se escribe con Z

Manuel Cuesta Morúa
Historiador y politólogo
La Habana, Cuba

El rostro negro de Orlando Zapata Tamayo constituye el dato antropológico que revela la muerte de la llamada revolución cubana en su dimensión estructural más resistente: la religiosa. Indica desde luego otro recambio en su interior: la mudanza de su sujeto retórico fundamental: el obrero. Cuando Zapata Tamayo decide abandonar el templo de la Revolución, estaba dejando su lugar al otro sujeto que con ritmo callejero ha terminado por convertirse en su sustento básico: el lírico.

Entonces el reguetonero Baby Lores entra en escena para fijar definitivamente a quién pertenece la planta principal del templo: a la poesía. Notemos bien que este cam-

bio de sujeto se había iniciado lentamente a finales de los años 60 del siglo pasado con Silvio Rodríguez y otros trovadores, fue continuado con otras líricas textuales representadas por el escritor, poeta y ensayista Cintio Vitier —con alguna compañía menor—, y termina su ciclo con una representación más o menos valuable del sonido *hip-hop*.

Baby Lores es la muestra del paso de la alta a la baja poesía. Si Silvio Rodríguez y Cintio Vitier componen lírica compleja, estremecedora, rica, a veces ilegible para el común de los mortales y siempre interesante en el juego escolástico y barroco con las palabras, estaban garantizando la entrada de la Revolución Cubana, entre mal y bienvenida,

en el ámbito compartido por un número reducido de religiones universales o locales. Su impacto en las izquierdas confesionales de todo el mundo dependía mucho de ellos.

Fideísmo

La Revolución Cubana debe ser entendida como una fe. No en los contenidos, ni en la moral, ni en los fines o trascendencias de las religiones históricas. Hay un claro abismo que la separa de éstas y que tiene que ver entre otras cosas con el lugar del hombre en el mundo. Un religioso, atento a la naturaleza de su propia religión, no comulgaría con esta fe construida a marcha forzada. Pero la Revolución Cubana sí es una fe por la estructura religiosa que da a la relación entre el Estado, el gobierno y los individuos. Nada más.

La religión de la Revolución pretende, intenta y logra religar a un conjunto humano en torno a unas creencias, y castiga a quienes no aceptan sin más su liturgia, sus exigencias, sus cartas pastorales, sus valores y su visión rígida del mundo y de los hombres. Y contrario a las religiones que dejan al César lo que es del César, es obligatoria para todos los que tienen acta de nacimiento cubana. De ahí la expulsión del templo de quienes no aceptan, clínicamente, sus mandamientos, y la protección de estos últimos con el ejército y la policía. Por eso han fallado todos los intentos de analizar a la Revolución Cubana desde los criterios modernos de la economía, la sociología, las categorías y el instrumental de la política. No hay modernidad plena en estos cincuenta años precisamente porque el Dios y el César se confunden en un mismo palacio.

Como sucede con la fe, aquella se confirma en el fracaso. Convertir los reveses en victorias, que puede ser un recurso asumible de la pedagogía para las batallas de la vida, sig-

nifica aquí el recurso de fortalecer escolásticamente la fe en la religión de la Revolución con cada fracaso de su mundo real. Contrario a lo que se podría pensar, con la Revolución Cubana el éxito es la derrota. La identidad entre el mito (la Revolución) y el *logos* (la nación) abrió, por este camino, las puertas a un tipo específico de religiosidad nacional que gozó de los grandes favores de aquella alta poesía que muy bien expresan Silvio Rodríguez y Cintio Vitier. Pero esta alta religiosidad se quiebra. De manera que con cierto *hip-hop*, la Revolución refleja la necesidad de preservar su propia dimensión, aunque sea a costa de rebajar la profundidad de su lírica. Este rebajamiento es una exigencia de los tiempos. La vieja poesía descubrió el mercado de excelencia o entró en la gloria y, en todo caso, redujo su auditorio a ciertos sectores aristocratizados por la revolución continental y extra continental, alejándose del lenguaje de la gente común. Baby Lores tiene el lenguaje de la gente común y apuesta por mantener visible la mitra de la Revolución para las generaciones que vienen, con el evidente disgusto de los viejos poetas.

Entre poesía alta y baja, la Revolución demostraba definitivamente su esencia religiosa. Mantener para el proceso político el nombre iniciático de Revolución es sólo posible por la poesía y su pulsión vital asociada. Podría decirse que la Revolución Cubana es un proyecto lírico que depende de la capacidad de sus poetas —en prosa o en verso—, dentro y fuera de Cuba, para mantener vivo el entusiasmo globalizado por la catedral. Por eso es comprensible que en el largo proceso de 50 años, la Revolución Cubana haya logrado mantener más o menos intacta la lealtad de los poetas y no la de los obreros. Por doquier es así. Los sujetos activos de este proyecto diseñado por y para la confesión y el castigo son el intelectual y el artista en su fase poéti-

co-religiosa. El sujeto que, poco a poco abandona, se llama Orlando Zapata Tamayo.

Lo brutal con la muerte de Zapata Tamayo, después de su resonancia humana, es que logra hacer estallar la catedral de modo irremediable, porque se supone que la Revolución, en su dimensión religiosa, no podía establecer un pulso con el cuerpo negro, humilde y proletario del primero de sus sujetos. Si bien la muerte de la revolución en su dimensión política, social y económica había puesto clara distancia de Zapata Tamayo, tomado como representación simbólica de un mundo obrero supuestamente reivindicado, la Revolución en su dimensión adoptada mantenía algo así como un fondo atávico, vinculado al mundo de algunas de las víctimas modernas —el negro, el humilde, el trabajador, el marginado— que la mantenía atada a su legitimidad de origen al mundo concreto de los vivos.

Pero el pulso entre esta religión con un cuerpo humano ha puesto de relieve la crueldad de esta fe y, de paso, el vacío de la poesía. ¿Se puede mantener la dimensión religiosa de la Revolución sin poesía? Parece que no. Frente a Zapata Tamayo, la poesía se ha retirado por una razón: no está en condiciones de poner en marcha la misión de toda lírica al servicio del poder: justificar y enmascarar la violencia, y cantar la hazaña de sus héroes.

Hay una ley política que debe contar, si la tiene, con pocas excepciones: mientras más lírico es un régimen, más violencia encierra. La frase bella, los fines estéticos de un modelo de sociedad y los Estados éticos que asumen como natural la representación social de la verdad se empaquetan en lenguaje lírico para edulcorar, *invisibilizar* y sublimar la violencia que necesitan para edificar su paraíso poético en la tierra. Es natural que los sujetos fundamentales de estos regímenes sean los que de alguna manera trabajan con la poesía. También con las armas. Lo que no significa

que toda la poesía desemboque en la legitimación lírica de los regímenes totalitarios, sino que no hay régimen totalitario sin poesía. Y se puede demostrar que también hay poesía académica.

¿Qué violencia puede ser vestida con la percha de salón de la legitimidad poética? La violencia revolucionaria contra el enemigo estructural: el «viejo orden», y la violencia contra la violencia de los emisarios de ese viejo orden. El resto de las violencias estructurales que por necesidad montan las revoluciones es ignorado por la poesía, so pena de que la visibilidad de las llagas disuelva el crédito moral de los poetas. Estos deben encargarse de esconder poéticamente la violencia física y estructural que la Revolución logra ocultar a la vista de todos. Y todo esto explica por qué la Revolución, en su dimensión religiosa, desemboca inevitablemente en los modos de la aristocracia: para desespero del resto de las izquierdas confesionales y críticas.

Esa aristocracia de modales tiene un problema para poetizar, a favor de la Revolución, la muerte por huelga de hambre de Orlando Zapata Tamayo, que invierte el sentido épico de toda la poesía revolucionaria cubana conocida hasta nuestros días. Hasta Zapata Tamayo, la poesía se encargaba esencialmente de esculpirnos, con más o menos éxito, la muerte heroica de hombres dispuestos a morir matando. Después de él, la poesía tendría que empezar a glorificarnos la muerte simple de hombres que están dispuestos a morir sin matar, a entregar la vida en el sentido más estricto de la ofrenda. Esto es más que imposible: es *contranatura* en términos de la religiosidad revolucionaria cubana. La aristocracia revolucionaria retira así la poesía y deja expuesta la crueldad de la Revolución. Y al hacerlo, liquida su dimensión religiosa. Después de Zapata Tamayo, ¿es posible seguir viviendo en la catedral? Sí, porque la catedral

tiene ejército y policía, y puede prescindir de la poesía cuando ya no le importe y pierda su imagen en el pase lo que pase. Además de la crueldad, a la aristocracia revolucionaria le quedan dos recursos: el cinismo y el racismo.

Cinismo

La pregunta cínica que hizo un diplomático cubano cuando le indagaron por la suerte de Zapata Tamayo —entonces con vida— de si su apellido se escribía con S o con Z es un raptó natural en la psicología del aristócrata: el desprecio por los que «no tienen nombre». Como bien explicó Peter Sloterdijk, uno de los filósofos más importantes de la Alemania de posguerra, el cínico no niega la realidad con mentiras: la asume para despreciarla por lo que él cree es su escaso alcance y su falta de peso, abolengo y dignidad. En última instancia, el cínico se da ciertos lujos psicológicos frente a la realidad, porque piensa que está bien parapetado tras la inmunidad e impunidad de su clase, incluyendo sus pertenencias, privilegios y seguridades.

Si se quiere captar la mentalidad, psicología y aptitudes del aristócrata, parece útil preguntarle por cualquier cosa o persona poco conocida que no entre en el rango de sus expectativas, necesidades o extravagancias. El aristócrata, de seguro, responderá con sarcasmo, burla o ignorancia asumida. Una confirmación de que el cinismo, como afirma Sloterdijk, es «la moderna conciencia infeliz sobre la que la Ilustración ha trabajado tanto con éxito como en vano»¹

Con la pregunta de nuestro diplomático estamos frente a una excelente metáfora de la negación cínica. Es una buena manera de negar el nombre de alguien que tiene nombre. De vaciarlo como sujeto, de pulverizar su dignidad. Por ejemplo, en el Japón anterior a la época Meiji (antes del siglo XVIII) los de

abajo no tenían nombre: sólo eran conocidos por su pertenencia a un *Daimyo* específico (más o menos un señor feudal) que les prestaba su nombre. Los esclavos negros en Cuba atravesaron un proceso similar. Para el aristócrata sólo hay nombre para sus iguales, aunque sean sus adversarios.

El aristócrata, aunque se nos presente con credenciales revolucionarias, es un ente psicológico más o menos inmutable. A pesar de que, como en este caso, cometa un error de época: no guardar en todo momento las formas del interés por los más humildes. El sarcasmo diplomático expresa la distancia cruel del poder real, en tanto sólo la aristocracia puede mezclar al mismo tiempo el siguiente cóctel: la soberbia, el desprecio, la subestimación y el racismo.

Es evidente que en último análisis Zapata murió porque era un opositor negro. Un valiente negro opositor hasta hoy desconocido, que tuvo que morir para que le conocieran. Se ha dicho, con cierta porción de verdad, que su muerte sorprendió a las autoridades. Puede ser. Si algo ha demostrado el gobierno poseer es esa mentalidad pícaro, que evita ser sorprendida por la realidad o por el enemigo. Y la soberbia puede explicar la sorpresa, pero el resto de nuestras proyecciones aristocráticas están potenciadas por la última de ellas: el racismo. Desprecio del contrarrevolucionario negro, subestimación del contrarrevolucionario negro y segregación del negro autoemancipado. En este sentido, Zapata sufrió físicamente la negación y la ignorancia que en otro ámbito se expresaron diplomáticamente. Coherencia total.

¿De qué se trata? Del castigo del emancipador. En otros textos se ha comentado sobre las trampas de la emancipación. Cómo esta se traduce en una libertad otorgada, siempre tiene límites. Uno de ellos dice que no se debe contestar al emancipador. Si se necesita otra

pista para fundamentar la naturaleza conservadora de la Revolución Cubana, podemos encontrarla allí, en la apropiación que ésta hace, básicamente frente a los negros, de la gracia religiosa, la cara amable de la moneda dura del castigo. Si siempre debemos agradecer a Dios por los beneficios que se nos dan en esta vida, dicen todas las religiones históricas, la Revolución Cubana instrumentaliza la gracia para garantizar la sujeción de los de abajo. Es esta una de las vías para liquidar al ciudadano y de paso garantizar la tranquilidad social. De este manera, la Revolución Cubana establece una legitimidad «trascendental» que provoca dos preguntas conectadas: si su naturaleza y propósito son sociales, conceptualmente hablando, ¿por qué agradecer lo que constituye una obligación?; y si su justificación nace de la interpretación de las necesidades de una época, ¿por qué agradecer a la Razón Histórica que haya actuado según su propio dictamen?

Está claro que Zapata Tamayo no pidió ni podía pedir a nadie que hiciera la Revolución, pero Zapata, negro, estaba atado por aquel vínculo religioso. Debía agradecer los beneficios reales o supuestos que la Revolución ha otorgado a su gente, y permanecer callado y solícito. De no ser así, debía atenerse al castigo del emancipador con toda la furia del Dios del *Viejo Testamento*. Por rebelarse sufrió el plus dolor del que nos hablaba Gustavo Urrutia, el intelectual negro cubano de la época republicana. Y en el proceso del plus dolor, el gobierno ignoraba, porque no miraba, que Zapata estaba muriendo.

Su muerte tiene por supuesto resonancias filosóficas y morales. También, como hemos visto con anterioridad, resonancias sociológicas y del orden de la representación simbólica. El intento de reducirlo a un delincuente común parece lo que es: una desesperación de Estado para *desublimar*, primero ante sí y

luego ante el resto del mundo, los impactos profundos de un hecho que pone fin a una era cubana: la de los experimentos y las fantasías revolucionarios, y la de un proyecto y modelo de nación agotados.

En términos filosóficos la cuestión en juego es: en su condición occidental, ¿cuál es el lugar del hombre singular para la cultura cubana? Aquí la diferencia específica no tiene nada que ver con el papel del hombre en el universo, sino con el límite ínfimo del proceso de la cultura cubana, porque se trata de una doble dimensión: la del hombre genérico y la del hombre racial y cultural. Para Cuba, no hay posibilidad de hombre único, filosóficamente hablando, y éste es el límite antropológico para la estructura de la sociedad, el poder y el Estado cubanos.

La actitud del gobierno con Zapata Tamayo revela ese inconsciente no reprimido que desesperaba al fundador del psicoanálisis, Sigmund Freud, impidiéndole explicar algunas conductas humanas. Para mí se abre con este caso la vieja pesadilla sin reprimir del pensador cubano José Antonio Saco, quien no sabía qué hacer con el negro. Había que excluirlo, en su propia identidad, de la Ciudad Cuba. Para la aristocracia actual, la pesadilla es más complicada. No intenta excluirlo de su templo, más bien intenta asimilarlo folclorizando su identidad. Para ello le da un giro laico a la gracia religiosa, manteniendo su contenido y actualizándola con el viejo concepto criollo de tutela generosa. El dilema empieza cuando el negro decide auto-emanciparse, es decir: los Zapata Tamayo negándose al agradecimiento y a la obediencia.

En términos morales, lo importante es indagar sobre el vínculo ético entre el Estado y los ciudadanos y las justificaciones últimas en el ejercicio del poder, lo cual es fundamental en términos civilizatorios. Si el gobierno

no respeta sus propias reglas del juego, corrompe el ejercicio de la violencia para reducir extralegalmente a sus adversarios y la comparte, burlando su propia Constitución, con grupos paramilitares (las Brigadas de Respuesta Rápida), entonces deslegitima moralmente el punto de partida de toda civilización: el autocontrol y el respeto por las pautas dadas de convivencia, aunque sea en nuestro perjuicio. La pregunta moral: ¿consultas con tus propios valores antes de actuar o no actuar?, ha dejado de ser respondida satisfactoriamente por la pedagogía práctica del Estado. Moralmente también estamos frente a la naturaleza ética del Estado cubano en su visión del hombre. ¿Qué era Zapata Tamayo: un ciudadano o un enfermo?

La ética ideologizada, a través de la cual el gobierno cubano ve a los individuos como pacientes a los que hay que curar y no como ciudadanos frente a los cuáles tiene que responder, ha llevado a que se considere su huelga de hambre como asunto médico, cuando en verdad era político. Intentar la defensa basado en que la medicina hizo todo lo posible frente a un hombre que se negó obstinadamente a comer, revela que para el Estado el hombre es sólo visible en su antropología física —todos somos vistos como pacientes, sanos o enfermos— y no en su antropología política, en la que somos ciudadanos que reclaman. Por eso se ha intentando una y otra vez desvirtuar la huelga de hambre con razonamientos médicos, cuando es un arma política que utiliza el propio cuerpo como instrumento contra el Estado, para lograr la satisfacción de una demanda acumulada. Ese recurso es tan viejo como la más vieja de las luchas políticas, sustanciado como método propio de los revolucionarios, que sólo la hipocresía puede considerar peor que las muertes voluntarias que provocan las guerras.

El ritual de muerte protagonizado por Zapata Tamayo alumbró, así y humanamente, los abismos abiertos en la cultura y moral cubanas. La tensión entre dominación y autonomía fue resuelta a favor de esta última al precio de una vida. Y lo que Zapata Tamayo puso de relieve fue una de las verdades más profundas de nuestra historia: la única propiedad que tiene el negro es la de su propio cuerpo: la única propiedad que ha podido vender, exponer, mostrar, entregar, y exhibir frente al mundo y frente a sus dominadores y emancipadores. Zapata Tamayo quiso también sacrificarla.

No negoció con su cuerpo: sólo confirmó la reapropiación de su identidad moral con la autodestrucción de su identidad física. Que los restantes huelguistas de hambre hayan sido en su mayoría negros reafirma el dilema histórico de la identidad y la integración del negro en Cuba. No aplaudo para nada semejante solución final. Me limité a abrir las premisas de la interpretación antropológica de la cultura cubana y su permanente tensión dentro del proyecto nacional; expresada esta tensión y en ese límite ínfimo, siempre en decisión dramática sobre el propio cuerpo. En la esclavitud, que le sujetaba físicamente, el negro se suicidaba. Pensar entonces que lo de Zapata Tamayo fue una negociación política con el cuerpo frente al régimen me parece un sano voluntarismo de la razón, que cumple el propósito de suavizar intelectualmente la metabolización del escándalo moral. Con los dispositivos de sensibilidad en estado normal, es psicológicamente inadmisibles que se deje morir a alguien por razones de Estado, pero me parece bastante claro que el gobierno cubano no iba a mostrar compasión alguna frente a la huelga de Zapata Tamayo.

Las aristocracias no negocian con los individuos. Así de simple. La práctica del gobierno en materia de derechos humanos ha

sido bien clara en este sentido. Nunca ha respondido a las demandas, exigencias, súplicas y petitorios de los cubanos. Nunca. No hay una sola prueba de que esto haya sido así en el pasado. No porque hayan sido exigencias de sus enemigos, lo que es una explicación racional y comprensible en términos de guerra y conflicto, sino porque las aristocracias se enemistan en principio y por principio con los súbditos que juegan al ciudadano. No se trata del esquema político amigo/enemigo, sino de la relación «natural» entre aristocracia y pueblo (en el sentido de la plebe).

Sin teorizar demasiado, Zapata Tamayo sabía esto. Y le fue confirmado con la suma alegría de años a la que fue condenado en prisión. Práctica normal en las prisiones cubanas. Por eso decide, con serenidad que hiela, recuperar su identidad explotando su cuerpo en manos de la costra dura de la aristocracia. Terrible decisión que refleja espantosamente esa propiedad soberana que ejerce el negro sobre su cuerpo en otros ámbitos: la música, la danza, el deporte y la religiosidad. Donde la mayoría ve sólo un conflicto político, creo se debe ver además, y sobre todo, un conflicto moral y cultural en su versión antropológica: Zapata Tamayo encierra con este gesto de muerte una densidad inasimilable sobre todo para las autoridades. De ahí el expediente criminológico, para peor, porque se pone en juego otro recurso de esta aristocracia de modales con lenguaje revolucionario: el racismo.

Racismo

A principios de la década de los 80 del siglo pasado causó cierta conmoción moral, esencialmente en el mundo marxista, que el destacado filósofo francés Louis Althusser estranguló a su esposa Hélène. De inmediato comenzaron a sucederse las interpretaciones y las corrientes explicativas se sucedieron vertiginosamente.

Sus enemigos políticos y filosóficos explicaron que Althusser había matado porque era un criminal y se había revelado por fin su verdadera esencia: por medio del asesinato se había llegado a convertir definitivamente en lo que íntimamente siempre fue. Otra corriente explicativa consideró que Althusser estaba fuera de sí cuando cometió el crimen. Se había abandonado a sí mismo. Rechazaba su esencia y su verdad. No fue su libre querer lo que le movió a cometer el asesinato, sino su sensibilidad para captar el clima violento y opresivo de su sociedad, el inmisericorde imperio del capitalismo multinacional, es decir: no fue Althusser quién mató, sino la época y la circunstancia histórica. En otra época y lugar, el ilustre filósofo, el teórico de la superdeterminación de las estructuras impersonales, jamás habría dañado a nadie. Queda claro que ésta es la versión de los amigos.

La tensión moral del suceso era compartida por ambos bandos. ¿Qué puede mover a un hombre de semejante reputación a cometer un acto tan banal y torvo al mismo tiempo? Si para unos la responsabilidad es enteramente del Althusser antropológico, que no puede sustraerse de su particular mundo mental y psicológico, para otros la responsabilidad es de la época y sus circunstancias, escogiendo a un hombre bien visible para denunciar, mediante acto autodestructivo, las miserias de este mundo. Los primeros siguen una vía fieramente conservadora y los segundos van detrás de lo que podríamos llamar la vía progresista en la interpretación de las cosas y los hombres: empezar por sus actos.

Esta tensión moral fue muy visible, porque Althusser poseía reputación previa a su penúltimo acto de despedida dramática del mundo. Su último fue el suicidio.

La cuestión era: ¿un reputado maestro, mundialmente conocido, fue siempre un asesino?; ¿debe ser juzgado *hacia atrás* o a partir

de su penúltimo gesto?; ¿debe prevalecer en el juicio final toda una historia de vida dedicada a la ilustración del mundo? En el fondo, el asunto moral que el caso Althusser puso en discusión fue: ¿merece un hombre ser juzgado por sus actos buenos o altruistas o por sus actos mezquinos y destructivos? ¿Debe pesar más la marca anterior o la última marca?

En todos los casos, la respuesta será distinta según se parta de premisa moral o política, o de una combinación de ambas. Moralmente se puede relativizar el crimen, porque Althusser estaba del lado de los buenos. También se puede condenar duramente, porque, según otros, estaba del lado de los malos. Desde luego que se puede decir también: estaba del lado de los buenos, pero se comportó como criminal al final de su vida; o era un criminal por su esencia, pero hizo algo que puede asumirse como bueno para la humanidad: enseñar en universidades y publicar libros eruditos. Al final lo que Althusser demuestra es que se puede compartir una misma tabla moral al tiempo que explicar a los hombres por su vida y sus circunstancias. Zapata Tamayo merece este análisis. Sin embargo, en su propia defensa, la aristocracia revolucionaria asume el expediente de las ideologías conservadoras que fundaron la criminología racista de Cuba. ¡Extraña manera de ser de izquierdas!

¿Quién es Zapata Tamayo?

La ficha, incompleta, suministrada por sus familiares, amigos y conocidos dice que nació en Santiago de Cuba, el 15 de mayo de 1967 en el seno de una familia humilde. Se traslada al municipio de Banes (provincia de Holguín). Llegó al noveno grado escolar y se hizo albañil. Se mudó a La Habana a fines de los años 90, como parte de los contingentes de constructores que laboraban en la construc-

ción de hoteles, labor que llegó a alternar en la Empresa de Obras Marítimas (Puerto de La Habana). No se ha precisado bien si, como dicen ciertas versiones, fue miembro de la Unión de Jóvenes Comunistas, pero era trabajador de un contingente que provenía casi enteramente de las provincias orientales y como tal habría recibido el fuerte adoctrinamiento político y jurado fidelidad personal al líder de la Revolución Cubana.

Vivió durante unos años en el municipio de Regla, con una familia que allí le acogió. Y comenzó a alternar sus tiempos de ocio en la Plaza Mayor de la discusión beisbolera y la plaza menor de la discusión política: el Parque Central de La Habana.

Es obvio que tenía inquietudes políticas, porque del contingente desembocó en la disidencia. Y en su caso se trata de auténtica disidencia, porque los testimonios aseguran que hizo su debut político en la plaza menor defendiendo a la Revolución Cubana. Allí, en la discusión permanente, se produjo la transición natural que se da en cualquiera que haya nacido después de 1959 y abierto los ojos. Consta que Zapata Tamayo fue detenido por primera vez en La Habana el 6 de diciembre de 2002, cuando se disponía a participar en cursos de Derechos Humanos que se impartían en el entorno del Dr. Oscar Elías Biscet, hoy encarcelado. Llevado a la Unidad de la Policía Nacional Revolucionaria del municipio Diez de Octubre, fue inculcado por los presuntos delitos de Desorden Público, Desacato y Desobediencia. Lo encerraron en la prisión de Guanajay (provincia de Pinar del Río) y puesto en libertad en enero de 2003. Una vez liberado, completó su transición personal con ayunos en el número 157 de la calle Humboldt, la casa del finado disidente Jesús Yáñez Pelletier y de Marietta Villalta, disidente que hoy reside en España. Esos ayunos fueron organizados por Martha Beatriz

Roque, líder principal de la Asamblea para Promover la Sociedad Civil, y algunos de sus colaboradores más cercanos: el jurista René Gómez Manzano y el ingeniero Félix Bonne Carcasés.

Zapata Tamayo fue detenido allí, por segunda vez, el 20 de marzo de 2003, de nuevo por Desacato y Desorden Público. Fue condenado en la estela de la ola represiva que se denominó Causa de los 75. Lo encarcelan en la prisión de Quivicán (provincia La Habana) hasta el año 2005. De acuerdo con algunos presos, Zapata Tamayo mereció allí el sobrenombre de «alma rebelde». A estas alturas, juzgando por las acusaciones, estamos frente a un hombre típico del oriente cubano: el tipo indómito. De Quivicán Zapata Tamayo fue trasladado a la prisión de Taco Taco, (provincia de Pinar del Río). Y de ahí sigue su peregrinar con aumento de condena en cada estancia de presidio.

En su transición hay un par de puntos interesantes. El primero es que Zapata Tamayo era un hombre violento. Es cierto que tuvo fuerte pelea con otra persona, un hecho de sangre, en la intersección de las calles Prado y San José, uno de los límites del Parque Central. Un tipo de violencia pasional muy común en Cuba, que no convierte necesariamente a nadie en delincuente. Noto el hecho como interesante porque, como sostenía Mahatma *Ghandi*, quien hizo varias huelgas de hambre, —contra el poder británico lejano a la línea tatcheriana—, la peor violencia es la que se ejerce contra el propio cuerpo. Zapata Tamayo necesitó acumular y reconvertir una carga inmensa de violencia para llevar la huelga de hambre hasta sus últimas consecuencias. El segundo punto estriba en que los ayunos de Humboldt propiciaron que Zapata Tamayo declarara su deseo de nutrirse en los principios de la no-violencia, en los que se había iniciado con Elías Biscet, leyendo y

siguiendo a Ghandi. Ya había tomado su primera clase práctica en la prisión, donde recibió un puñetazo de otro preso y decidió no cobrarlo. Lo que significa, en términos de la *ahimsa*, (la no-violencia que practicaba *Ghandi*), que Zapata Tamayo había completado la purificación (transición espiritual) que convierte la violencia socialmente peligrosa, que daña el cuerpo de los demás, en violencia políticamente simbólica, que sólo daña el propio cuerpo.

Parece incontestable que, sin este proceso de transición hacia otra visión de la potencia humana, nadie entrega su cuerpo, poco a poco, durante 86 días. Se necesita concentración, coraje, sentido de propósito, violencia acumulada, controlada y dirigida desde la mente contra un objetivo poderoso, y un triste sentido del humor para asimilar la banalidad festiva de hombres y mujeres que están ahí afuera ignorando el sacrificio. Porque (dato muy importante) Zapata Tamayo hizo su huelga de espalda a la opinión pública. Esto no debilita moralmente el gesto posterior de Guillermo Fariñas, pero sí lo hace más conmovedor.

Un delincuente común no logra atravesar la primera fase de esta transición: la consideración abstracta y serena de que hay algo que vale más que la propia vida, pero la versión de los enemigos de Zapata Tamayo dice que se trataba de un delincuente común, con prontuario de delitos poco superable, convertido en prisionero político por una nueva especie de conspiración judeo-masónica entre Amnistía Internacional, quien lo adoptó como preso de conciencia en 2003, los Estados Unidos de América, la Unión Europea y *last, but not least*, el hato de mercenarios internos que necesitaban al mártir que no tenían.

La interpretación moral sobre Zapata Tamayo entra en el debate. Para sus enemigos, el hombre debe ser juzgado no por donde

empezó Louis Althusser, por una vida dedicada a los gestos y actos nobles y edificantes, sino por donde terminó: por su acto criminal. Si la fase anterior de Althusser no contaba para sus adversarios, la fase última de Zapata Tamayo no cuenta para los suyos. ¿Era un delincuente Zapata Tamayo? Conviene averiguarlo bien y por una razón mejor: no para desecharlo en su pasado, siguiendo a la escuela de la moral conservadora, sino para escribir una biografía de talla humana que ponga en perspectiva la nueva historia, escrita en la post inocencia de los pueblos, en la que, página contra página, la vida de cada quien contenga todos los matices de su existencia. Esa es la mejor manera de poner fin a la visión patristica y hagiográfica para ciudadanos inocentes e inmaduros, es decir: para no-ciudadanos. La vida corta de Zapata Tamayo sería un buen punto de partida para dejar atrás el modelo de escritura de la historia que imitamos de Thomas Carlyle, a partir del cual sólo es interesante escribir la historia de los grandes hombres. O mejor dicho: inventar historias para aquellos que pueden considerarse grandes hombres y con la magia de la mística y el olvido hacerlos aparecer como si nunca fueron malos.

Analítica

La reacción aristocrática de la élite de poder merece ser analizada en términos de la historia social, cultural y política de Cuba. Esta reacción refleja no sólo una mentalidad, sino el creciente divorcio entre mito (Revolución) y *logos* (nación cubana). Algo por cierto muy positivo, aunque sea a un altísimo costo. Para este análisis se debe partir de un supuesto: Orlando Zapata Tamayo era, efectivamente, un delincuente común.

Aquí retomo el modelo de análisis para el caso de Louis Althusser, porque a partir de

este modelo entran en confrontación el análisis moral del hombre en sus circunstancias con el análisis moral del hombre, independientemente de sus circunstancias. El primero de los modelos es propio de la aproximación social-progresista; el segundo, de la visión aristocrático-conservadora, que equivale en Cuba a racismo.

La visión criminológica tradicional en Cuba asocia, hasta nuestros días, criminalidad con tipos humanos y culturales. En ella siempre se hacen confluír orígenes raciales con orígenes culturales para establecer tipologías sociales que precriminalizan a grupos humanos en función de tales orígenes y prejuzgan el ejercicio de la justicia y de la autoridad. Se supone que un negro es proclive a cometer determinado tipo de delito, no cualquier delito, y por lo tanto, debe ser judicialmente neutralizado para controlar sus posibles actos delictuosos. Lo interesane para este caso son dos cosas: la precriminalización cultural se convierte en el típico ejemplo de lo virtual creando lo real: Zapata Tamayo era un negro cuya condición es producida por un ambiente que crea y recrea sus condiciones y estilos de vida: la marginación, y la tipificación criminológica cierra el paso, como sucede con la vieja tradición antropológica cubana, a la conversión.

Cuando se ocultan en el análisis la marginación social creada, como fuente del delito, y al mismo tiempo se elimina el criterio de conversión de los individuos, entramos de lleno en el tipo de análisis conservador y reaccionario que culpa exclusivamente al individuo por sus faltas y le bloquea el camino a la recuperación. ¿Era Zapata Tamayo un delincuente por la sociedad o contra la sociedad? Se supone que el análisis serio parta de las condiciones de vida en Cuba para analizar las conductas sociales. En este sentido Zapata Tamayo sería *no un* delincuente, sino *el* delincuente típico y

promedio que genera la marginación cubana, y que puebla la abultada cifra de presos cubanos en la abultada cantidad de cárceles del país. Esa marginación social, aumentada y corregida en los últimos años, habita fundamentalmente en sectores racialmente identificables y en regiones específicas de Cuba, donde coinciden pobreza, raza y bajo nivel cultural, generacionalmente reproducibles. La elección de vida, acto perfectamente posible como índice en el ejercicio de la libertad, haciéndonos responsables de nuestros actos, debe ser juzgada en todo momento contra este fondo social del que provenimos. La elección nace a través de una experiencia, abriéndonos o no las opciones de rectificar el rumbo y pagar nuestras faltas. Significa que sólo hay expiación porque hay culpa. Cerrar el camino de aquélla, sin contextualizar ésta, fue exactamente lo que hicieron los enemigos conservadores de Althusser e hizo la aristocracia de poder en Cuba con Zapata Tamayo.

¿Podía este expiar o no sus culpas pasadas? Sí. El contexto determinó en Zapata Tamayo unas conductas que las circunstancias no le permitirían eludir. La marginalidad es el dato social que las circunstancias legales y morales no le perdonan y le obligan en ambos sentidos. Pero llega el momento de la expiación, cuando Zapata Tamayo es recuperado en una u otra dirección. Y lo interesante de su recuperación es que no va en el camino de esa sociedad, que ha producido y recreado la marginalidad que lo determinó en un momento de su vida, sino en la dirección de rebelarse cívicamente contra tal sociedad.

En su expiación cívica, pesan su pasado y su historia. Zapata Tamayo era un hombre violento, que reproduce en la capital un comportamiento aprendido en la enseñanza del Estado y en la tradición cultural y heroica de su lugar de origen —no hay héroes sin violencia—, pero también es un hombre que apren-

de a reconvertir su violencia dentro de un método duro, exigente y cívicamente épico, que llega a convertir su cama de la prisión en anaquel para libros. La capital es su espacio iniciático, con todos los rituales, para nueva elección moral de su próximo proyecto de vida, esta vez en el camino difícil que describe la lucha por la libertad. Diría que una elección moral contra su doble pasado: el social y el moral. Hay aquí una grandeza en lo simple que reivindica nuestra historia.

El problema para la aristocracia revolucionaria no es tanto que Zapata Tamayo haya sido probablemente un delincuente (ella sabe bien que sólo hay culpa si hay posibilidad de expiación), sino que aquel se auto-recuperó para la causa contraria. Si Zapata Tamayo hubiera entrado en el proceso de reeducación revolucionaria, se hubiera convertido en un soldado de la Revolución y hubiera participado en alguna misión importante a cuenta del Estado, podría haber sido mostrado, en cualquier circunstancia propicia, como ejemplo de una Revolución que rescata a esas ovejas descarriadas del reino, que aprovechan, al menor descuido, cualquier puerta entreabierta del templo. Al elegir, desde su presunta historia delincinencial, esa libertad que es excluida por todo proyecto revolucionario de perfección, Zapata Tamayo se conecta con la historia de la nación cubana como *logos* y en contra de la Revolución Cubana como mito. Esa conexión intenta ser negada, contra sí misma, por la aristocracia revolucionaria. Y se comprende: Zapata Tamayo significa esa inversión épica desde el mundo cívico que es psicológicamente intolerable para ella y para su proyecto. De ahí que se olvide de su propia historia y de parte de la historia constitutiva de Cuba.

Historia

La historiografía cubana no ha superado aún su epistemología racista y ha oscurecido estas dos cosas: la participación del negro en el proyecto inconcluso de nación y la participación del bandido en la historia política. Si no fuera por el impacto psicológico, cultural y político sobre la visión esclerotizada de esa aristocracia, asombraría, al menos en su parte ilustrada, cómo ésta puede desconocer que el bandidismo no puede ser separado de nuestra constitución nacional. Dos razones poderosas están detrás de esto.

La primera es que las luchas por las independencias son indisolubles en Cuba de las luchas de expectativa social, que siempre significó incorporar al explotado, al marginado, al hombre que se conoce los intersticios de la sociedad, que se arriesga al peligro y conoce los mecanismos de inserción y penetración en lo oscuro de esa sociedad y en las zonas inhóspitas de la geografía. Significó también apropiarse de todo aquello que ayudara a fortalecer la simbología nacional contra el extranjero y a reafirmar, en todos los ámbitos de la vida, lo que se cree como auténticamente cubano. Es por eso que Alberto *Yarini* Ponce de León, proxeneta, mujeriego y delincuente, que hoy podría estar cumpliendo condena de más o menos 30 años, fue y es auténtico icono de la cultura cubana y de los esfuerzos por reafirmarnos frente a lo foráneo, por haber logrado incursionar con éxito, astucia y valentía en un negocio controlado por los franceses. *Yarini* goza por esto de literatura y filmografía.

Y hay más. Los desarrollos en Cuba después del Pacto del Zanjón, que puso fin a nuestra primera guerra por la independencia (1868-1878), se conforman, tal y como ha investigado el historiador cubanoamericano Louis A. Pérez Jr. en *Vagrants, Beggars, and*

Bandits: Social Origins of Cuban Separatism (2010), a lo que el historiador británico Eric Hobsbawm sugiere como generador de una forma específica de protesta rural, identificada como bandidismo social: campesinos que se convierten en sujetos fuera de la ley y llegan a gozar de la protección de los residentes en una comunidad específica. Un punto de vista muy interesante, por cierto, para analizar el rol de una sociedad corrupta, como la cubana, en todos los estratos y niveles, en su propia regeneración moral y cívica.

Estos bandidos operaron en toda Cuba en la década de 1880 a 1890 bajo el liderazgo de gente como Juan Vento, José Inocencio Sosa (Gallo Sosa) y Manuel García (Rey de los campos de Cuba), el líder más famoso, que operaba en la provincia La Habana. Pero estaban además Victoriano y Luís Machín, que dominaban la región de Vuelta Abajo (Pinar del Río); José Plasencia, José (Matagas) Álvarez, Nicanor Duarte, Regino Alfonso, Desiderio y Nicasio Matos, así como Aurelio Sanabria, que se movían en las zonas interiores de la provincia de Matanzas, y en Santa Clara teníamos a Florentino Rodríguez y Bruno Gutiérrez. Todos ellos se incorporaron a las luchas por la independencia organizada por el Partido Revolucionario Cubano (PRC) de José Martí.

En particular, Manuel García fue ardiente defensor de la libertad de Cuba. Había sido uno de los criminales que aceptó temprana amnistía y subsidio de las autoridades coloniales para emigrar a la Florida. En el curso de sus dos años como tabaquero en Cayo Hueso se operó su conversión a la causa independentista. Regresó a Cuba en 1888 como agente del Club Revolucionario de Cayo Hueso, y a menudo invocaba lemas revolucionarios en sus asaltos contra la propiedad. Mucho del dinero recolectado por él en estos años sirvió para apoyar las actividades revolu-



Orlando Zapata Tamayo (1967-2010)

cionarias de sus antiguos asociados en Cayo Hueso. Y el rescate obtenido por liberar del secuestro al plantador Antonio Fernández de Castro, en 1894, fue donado a los organizadores del PRC en La Habana.

Aquello del libro *Una Vida sin sombra* (1950), del intelectual Octavio Ramón Costa y Blanco, para realzar debidamente la vida del revolucionario cubano y amigo de José Martí, Juan Gualberto Gómez, es expresión de muchas vidas revolucionarias con sombra. Sólo la vieja visión aristocratizante de la historia de Cuba, un país sin condados que tuvo condes y sin marcas que tuvo marqueses, puede escamotear el asunto de los bandidos participando en la historia y desconociendo su propio suelo. Y aunque en *Lawless Liberators* (1989) la autora norteamericana Rosalie Schwartz analiza profundamente las consecuencias de los contactos de José Martí con los bandidos cubanos para promover la independencia, lo cierto es que la esquizofrenia cultural, política e histórica de crear dos mundos paralelos en el curso de una sola historia cultural, social y política, que no puede entenderse sin sus marginalidades creadas y derivadas, es el camino más corto para repetirnos. Como aquel que no logra liberarse de sus traumas, porque se niega a reconocerlos en público, para sí y para los demás.

La segunda razón es que Cuba ha tenido una historia demasiado corta para forjar verdaderas aristocracias: ni de sangre ni de tierra ni de los orígenes. La única aristocracia que pareció cuajar en algún momento fue la del dinero, que no fraguó en su primera condición: la tradición a través del tiempo. Los patéticos esfuerzos de inventarnos una aristocracia en estas tierras han caído en el ridículo, porque carecieron de algo esencial para toda aristocracia: fuertes códigos de conducta y de honor que garantizan su perdurabilidad y su comportamiento irrenunciable frente a las

tentaciones transgresoras. Un aristócrata que se burle todos los días de sus propios códigos es un remedo. Sólo desde la aristocracia genuina puede forjarse la mentalidad necesaria para tomar distancia de los modos y estilos de los de abajo, sobre todo cuando se quiere dar cuerpo a un proyecto específico de nación. Carecer de esa aristocracia real aquí era lógico y fue lo que abrió las opciones a un proyecto independentista, basado en el legado republicano y cívico y en los ideales democráticos y populares. Lograr esto en Cuba requería asociarse a los de abajo, a los desclasados, a los pobres y marginados cargando, sin opciones, con sus conductas habituales. Por eso a lo largo de las luchas del siglo XX los ideales convivían con los secuestradores, marihuaneros, proxenetas y demás actores en el mundo bajo de las conductas y las morales. Manuel García, el rey de los campos cubanos, tuvo su prolongación revolucionaria en Crescencio Pérez, el campesino que ayudó a los rebeldes de la Sierra Maestra y que estaba perseguido por una ley que lo consideraba cuatrero, ladrón de ganado y antisocial.

¿Podría ser de otro modo?

No. Donde la historia social y política se imbrica para fundar un proyecto es inevitable el cruce de fronteras sociales, morales y de conductas asociadas a prácticas que, abstractamente consideradas, nos parecen repudiables. Fundamentalmente en naciones emergentes, en las que las clases sociales se van forjando en el curso del proceso y donde las tradiciones tienden a ser todo lo débil que puede ser una por debajo del milenio. Y donde la historia social y política se conecta con propuesta de emancipación el asunto es más denso. El proceso mismo de la Revolución Cubana es elocuente. El libro de

entrevistas *Secreto de los Generales* (1996), concebido y editado por el periodista Luís Báez, del cual curiosamente no he visto otra edición, es una rica narrativa de historias de vida de muchos hombres que llegaron a generales y ostentaron altos cargos en la dirección política y militar después de 1959. Y que llegaron a realizar, desde el punto de vista militar, hazañas ponderables por cualquier academia militar del mundo.

Ahí están presentes, claros y sugeridos, todos los claroscuros posibles de la experiencia humana: desde quienes protestaban, no por sentimientos revolucionarios, sino para librarse de las clases o de los padres, hasta quienes cometieron delitos comunes y cayeron presos, pasando por quienes fueron injustamente condenados como delincuentes comunes cuando en realidad fueron encarcelados por su desacuerdo con la dictadura de Fulgencio Batista, así como por jugadores de bolita y otras especies de la «gente de mal», para llegar a quienes aprendieron lo que creían era la Revolución en la trayectoria de los acontecimientos.

En la historia de Cuba no es posible juzgar sin creernos al mismo tiempo que el curso de nuestro pasado debería semejar al de Austria. Si Zapata Tamayo resulta que fue un delincuente en su prehistoria oriental, conviene recordar que todas las caras de la moneda aparecen en las páginas vivas de nuestros orígenes y de nuestras posibilidades de partida hacia el futuro. Cualquier futuro. Y como siempre, deshacernos del lado oscuro de la historia exige una crítica del presente en todos los estratos, niveles y ámbitos de la sociedad. Desde el poder hacia abajo, nunca al revés, fundamentalmente porque los pueblos educados como niños eternos hacen lo que todos los niños: imitar a sus educadores. Más en lo que ven hacer, que en lo que les dicen que hagan.

Punto final

Me adelanto a recordarle a la aristocracia revolucionaria que otra de las condiciones para que toda aristocracia perdure es el sano ejercicio de su propia memoria: en sus textos consta que Orlando Zapata Tamayo estaba en ayuno cívico y político, inmediatamente antes de su última detención, el 20 de marzo de 2003. Los lectores pueden olvidar las memorias de otros; los propios autores no deberían olvidar las suyas sin correr el riesgo de que no

se les tome en serio. Una ojeada al libro *Disidentes*, de Rosa Miriam Elizalde y Luis Báez (2003), ayudará al necesario matiz de la opinión. Zapata Tamayo cayó preso en medio de la mayor redada política de los últimos 20 años, cuando estaba preparándose en los ejercicios gandhianos de la libertad. Allí consta.

Notas:

1- Sloterdijk, Peter. *Crítica de la razón cínica* (España: Ediciones Siruela, 2003: 32).